

PRIMER PREMIO CATEGORÍA ESCOLAR

Pilar Ruiz Medina
(Sabiote, Jaén)

ANTÍTESIS

Siempre habíamos sido muy diferentes, como la noche y el día. Él siempre fue el que actuaba, y yo solo una mera observadora. Él vivía, y yo me dedicaba a sobrevivir.

Su piel era pálida, la mía ligeramente morena. Siempre envidié a esa clase de personas, las que tienen una piel pálida y no se avergüenzan.

Sus ojos eran azules, como perderse en mitad del mar. Los míos marrones, de ese color café tan corriente, aunque él lo hacía sonar especial al decirme que recordarlos le hacía mantenerse despierto por la noche.

Él era alto, y yo también, es cierto. Pero no tanto como él. Estar a su lado me hacía parecer tan pequeña.

Su pelo rubio, en contraste con mi desordenado caos de pelo castaño.

Él era todo lo opuesto a mí. Era sociable, con un millón de amigos. Mientras yo vivía como en una burbuja de pánico hacia los demás. Él era divertido a más no poder. Reía a carcajadas y lucía siempre una sonrisa, mientras yo solo sonreía si estaba con él.

Él era el que hacía cosas.

Cantaba en la ducha, hablaba en sueños, decía tonterías. Yo era mucho más de pensar. Pensaba en la ducha, soñaba cosas normales, le observaba decir estupideces con una sonrisa.

Él decía lo que yo solo podía pensar.

Él nadaba en la playa, y yo le observaba desde la orilla, con el agua en los tobillos y el sol en mi espalda.

Siempre fue así, y así nos gustaba. Él solía decir que era como un reto.

Era imposible sentirse sola con él, se sentaba a mi lado en el sofá y me acariciaba el pelo mientras yo leía. Preparaba la cena cuando yo volvía tarde a casa y me llevaba al cine a ver películas de Woody Allen.

Él hablaba todo el tiempo, contaba historias, preguntaba opiniones, me hacía reír. Mientras él no hacía más que hablar, yo no hacía más que escribir.

Escribía notas cuando salía un momento, o cuando iba a volver tarde, cuando la inspiración traía una historia a mi cabeza o cuando necesitaba desconectar.

Yo era el silencio y él estaba a todo volumen. Yo era tranquila y él no paraba quieto, yo me quedaba en casa y él salía a correr.

Éramos tan distintos que encajábamos a la perfección. Él conseguía tirarme a la piscina, literalmente, haciéndome gritar cuando saltaba conmigo en brazos al agua. Él me hacía reír como nadie nunca lo había hecho. Me hacía bailar en la cocina junto a la luz del frigorífico, y una vez llegó a mover los muebles del salón para hacerme bailar con él. Él llenaba de ruido mis silencios y me obligaba a hacer tonterías a cambio de un beso.

Encajábamos, hacíamos al otro sentirse completo. Y supongo que cuando se tiene eso, no hay nada más en el mundo que puedas necesitar.